

de que no está solo en la creación. Tal un gorrión que pretendiese narrar la historia de París por los acontecimientos realizados en torno de su nido durante una estación; tal un doctor que arrancando del centro de un enorme volumen una hoja, asegurase serle posible determinar el plan completo de la obra con el simple examen de fragmento tan exiguo.

Después de realizar inauditos esfuerzos para descubrir la Tierra desde tal distancia, y conseguido mi propósito de verla perdida como minúsculo punto entre los rayos del Sol, comprendí mejor que nunca por qué ninguna concepción filosófica ó religiosa, ninguna ni entre las más avanzadas ni las más puras, ha podido dar aún á los habitantes de ese glóbulo la solución del problema de nuestros destinos, y por qué nos vemos forzados á demandar esa solución á la Astronomía, única ciencia que nos enseña el puesto que la Tierra ocupa en el conjunto, y que desarrolla ante nuestra mirada atónita los horizontes del infinito, las perspectivas de la eternidad.

Pero también pensaba que, aun siendo como es considerable y maravilloso el mundo de Saturno, no se halla bastante alejado de la Tierra para arrancarnos con su contemplación todo sentimiento de patriotismo local, y que, sin salir de las fronteras del mundo solar, nos es posible encontrar otras estaciones celestes aún más independientes de nuestra vecindad del Sol. Distinguí en esto al planeta Neptuno que gravita á una distancia de más de 4400 kilómetros del Sol y gira alrededor de una órbita inmensa que tarda más de 164 años en recorrer, y hasta el mismo me sentí rápidamente transportado.

IV

Á CUATRO MIL MILLONES DE KILÓMETROS DE LA TIERRA.

En las profundidades del espacio, á una distancia del Sol que excede en treinta veces la que nos separa del astro central y bajo una irradiación de calor y de luz solares 900 veces más débil que la irradiación en medio de la cual boga nuestro planeta, encontramos flotando el mundo neptuniano en condiciones de vida por completo diferentes de las que rigen al planeta llamado Tierra. Los naturalistas miopes que aun no hace mucho tiempo afirmaban con énfasis pontifical que los abismos oceánicos condenados están á debilidad perpetua porque las condiciones de luz y de presión en ellos existentes son en absoluto distintas de las que rigen en la superficie, han recibido de la misma naturaleza el más brutal de los mentís que puedan ser infligidos á la pedantesca ciencia de los aspirantes á la infalibilidad. Ese mentís, tan formal, tan rudo, tan absoluto, no les ha sin embargo corregido á todos, porque aún hay algunos que declaran que la vida es imposible en mundos que no sean idénticos al que habitamos. Nada; el razonamiento mismo del pez que declara sinceramente que no hay medio

de vivir fuera del agua. Dejemos á esos doctores entregados á sus ilusiones y continuemos nuestra ascensión. La Astronomía debe ser la gran maestra de la filosofía.

El apartado mundo de Neptuno en el que cada año equivale á casi 165 de los nuestros y en el cual diez años representan todo el intervalo histórico que nos separa de los romanos, (recordemos que hace 1650 años que reinaban los romanos en Lutecia y en Galia y que nadie entonces había sido capaz de adivinar ni Francia ni ninguna de las actuales naciones) ese mundo, decimos, neptuniano, parece hecho expreso para enseñarnos á engrandecer nuestras terrestres condiciones, estrechas y personales, sobre todo bajo el punto de vista de la medición del tiempo. Tan exacto y preciso como el nuestro es el calendario de este planeta, y para los seres que habitan el último, un año neptuniano no tiene mayor duración que para nosotros igual espacio de tiempo terrestre: y sin embargo, allá un adolescente ha vivido cerca de 3300 años de los nuestros, sin sospechar siquiera que aquí consideramos enorme, increíble, tan prolongado lapso, que nos retrotrae á la época de Homero y de los fastos de la antigua Grecia.

Ni aun al análisis más minucioso le es posible descubrir punto alguno de comparación entre los seres que habitan en el mundo neptuniano y los que conocemos en la Tierra. Ninguna de nuestras clasificaciones pueden serles aplicadas: ni las que tenemos para el reino vegetal, ni las del animal tampoco, aun con ser éstas tan múltiples y variadas. Es aquel, el de Neptuno, otro mundo, completamente distinto del nuestro.

Los organismos que viven en la superficie de los diferentes mundos del espacio son la resultante de las fuerzas en actividad sobre cada uno de ellos. La humana forma terrestre toma su origen de las formas antiquísimas de la larga serie animal de la que gradualmente ha salido y de la cual es emancipación la más perfecta; y esas formas primitivas, de una en otra anterior, se remontan hasta los organismos rudimentarios desprovistos de los sentidos que constituyen la gloria del hombre, organismos que fueron la inauguración de las manifestaciones de la vida; rudimentarios, sí, tanto, que se ha vacilado en concederles el título de seres vivos, que no es posible denominarles ni animales ni vegetales, que no son ni lo uno ni lo otro, y que aparecen á nosotros en estado de substancias organizadas, con diferencias notorias sobre las que integran el reino inorgánico, pero, á pesar de todo, como sencillas combinaciones químicas llevando en sí una especie de confusa vitalidad, protoplasma elemental, germen de todos los futuros desarrollos de la terrestre vida, animal y vegetal. Los primeros seres organizados formáronse en el seno de las aguas templadas de los océanos que en el origen de los períodos geológicos recubrían la superficie entera del globo terrestre. Su naturaleza química, sus propiedades, sus facultades, eran ya entonces la resultante de la composición química de esas aguas, de la densidad, de la temperatura, del medio ambiente: las variaciones de ese medio y de las condiciones de existencia produjeron las variaciones correlativas en los desarrollos de ese árbol genealógico: y según que los organismos habitaron las regiones profundas, medias ó superfi-

ciales de las aguas, las orillas, las llanuras bajas y húmedas, las pendientes soleadas ó bien los montes, el árbol genealógico se desarrolló de modos diversos dando origen á organismos cada vez más variados. La humanidad terrestre de nuestros días es la última flor, el fruto postrero de ese árbol. Pero toda esta vida es *terrestre* desde sus raíces hasta la copa, y el árbol genealógico es distinto para cada mundo. Es la vida neptuniana en Neptuno, urániana en Uranió, saturniana en Saturno, siriana en el sistema de Sirio, arturiana en el de Arturo, esto es, apropiada al medio, ó hablando más propiamente, producida y desarrollada por cada mundo según su estado físico y siguiendo la ley primordial á que obedece la naturaleza entera : la ley del progreso.

Esta inmensa sinfonía de la vida apropiada á cada mundo según las condiciones del espacio y del tiempo, se desarrolla como un coro universal cuyas partes estuviesen separadas unas de otras por desiertos de espacio y por eternidades de duración. Si nos parece discontinua es porque no nos es dado escuchar de ella dos notas á la vez, sino sólo una. En realidad, absolutamente hablando, no hay ni tiempo ni espacio. Júpiter no estará poblado de seres que piensen sino millones de años después que la Tierra. Bajo el punto de vista de lo absoluto, la diferencia de fecha citada no es mayor que el espacio de tiempo que separa el ayer del hoy.

Y todo esto sucede, se efectúa, se cumple, naturalmente y como si Dios no existiese. Y con efecto, el ser al cual los habitantes de la Tierra han llamado hasta hoy Dios, no existe. El Buda de los chinos,

el Osiris de los egipcios, el Jehová de los hebreos, el Júpiter de los griegos, el Dios padre ó el Dios hijo de los cristianos ó el grande Alá de los musulmanes no son ni más ni menos que concepciones humanas, personificaciones creadas por el hombre en las cuales el hombre ha encarnado no sólo sus más elevadas aspiraciones y sus virtudes más sublimes si que también, y esto sobre todo, sus prevaricaciones más groseras y sus vicios más detestables. Si : en nombre de ese pretendido Dios, monarcas y pontífices de todas las naciones y de todos los siglos, bajo el manto protector de las religiones todas, han envilecido la humanidad condenándola á una esclavitud de que no ha podido aún manumitirse : en nombre de ese Dios que protege á Alemania, que protege á Inglaterra, que protege á Italia, que protege á Francia, que protege todas las divisiones y las barbaries todas, en nombre de ese Dios repetimos, aún en nuestros días los pueblos que se dicen civilizados en nuestro planeta están perpetuamente armados unos contra otros, excitándose como perros rabiosos, prontos á precipitarse en lucha horrible frente á la cual la hipocresía y la mentira, sentadas en las gradas del trono, hacen reinar al Dios de los ejércitos que bendice los puñales y sumerge sus manos en la sangre humeante de las víctimas, para marcar con ella en la frente á los potentados con corona. En nombre de ese Dios, los pontífices hicieron subir á la hoguera, cubiertos de ignominia, á Juana de Arco, á Jordano Bruno, á Esteban Dolet, á Juan Huss, á muchas otras heroicas víctimas, y en su nombre también condenaron á Galileo bendiciendo al mismo tiempo la horrible carnicería de San Barto-

lomé : y en su nombre los estandartes de Mahoma cubrieron la Europa de ejércitos de asesinos ; y los reyes todos del *pueblo de Dios* no han dejado un momento de verter la sangre humana : y en su nombre en fin Gengiskan y Tamerlan marcaban con pirámides de cabezas el camino de sus conquistas. Pues á ese Dios es al que se elevan altares y se cantan *Te Deum*. Símbolo de la opresión de los pueblos, del asesinato y del robo, ese ser infame no existe ; no ha existido nunca.

Es verdaderamente extraño que el hombre, grosero como es, salvaje, bárbaro aún salido apenas del caparazón de su ignorancia primitiva, incapaz de conocer su propio cuerpo, habiendo apenas comenzado á hojear el gran libro de la naturaleza, se haya atrevido de buena fé á inventar á Dios. Conocedor apenas de su hormiguero, tiene la pretensión de descubrir lo que no es, lo que no puede ser conocido. En tiempos en que la ignorancia era absoluta, en que la astronomía, la física, la química, la historia natural y la antropología estaban aún por nacer, en que el espíritu, débil, balbuciente, hallábase tan sólo envuelto en dudas y en errores, la audacia humana concibió las pretendidas religiones reveladas y los dioses á la cabeza de las mismas colocados. Merecen la admiración y los homenajes de todos cuantos se preocupan del progreso intelectual y moral de la humanidad las tentativas, los esfuerzos realizados por Confucio, Buda, Moisés, Sócrates, Jesús ó Mahoma en su deseo de dar á los hombres un código de moral destinado especialmente á emanciparlos de la barbarie y á educarlos en la idea del bien : con un poco de buena voluntad puede así

mismo reconocerse como obra útil, bajo el punto de vista social, el hecho de que los fundadores y organizadores de los ritos religiosos hayan colocado á la cabeza de cada culto un ser ideal inatacable, en nombre del cual pretenden ellos ejercer el mando : pero el valor de esa obra no sale del orden social y no tiene más objeto que el interés general de los hombres y de las sociedades. Pero que se crea ciegamente que esos dioses inventados por los hombres han en realidad existido, en un cielo que es á su vez por completo imaginario y que fué destruído por las primeras conquistas de la astronomía. Que hayan sido y sean aún adorados por una gran parte del género humano, y que en nuestros días los jefes de Estado hagan política en nombre del derecho divino, y señalen la huella del *dedo de Dios* al señalar las más monstruosas llagas del cuerpo social, y decoren con la imagen de una providencia local cualquiera sus estandartes de las batallas como en los tiempos de Juana de Arco, de Constantino ó de David, eso es un anacronismo evidente, una mezcla de impostura y de credulidad, de hipocresía y de estupidez indigna de la era de estudio leal y positivo en que vivimos, y bastante por sí sola para que todo hombre independiente se sienta invadido del desprecio hacia los funcionarios que viven á expensas de semejante sistema.

La investigación de la naturaleza de la causa primitiva — no hablo del *conocimiento de Dios*, pretensión digna de un teólogo y absurda en sí — la sola *investigación* del ser absoluto, del origen de la energía que sostiene, anima y rige el mundo, de la fuerza que obra universal y perpetuamente á través del infinito y genera

las apariencias que sorprenden nuestros ojos y que son por la ciencia estudiadas, esa *investigación*, repito, no podía ser acometida, ni aun legitimamente concebida, antes de realizados los primeros descubrimientos de la astronomía y de la física modernas, es decir, con anterioridad á las investigaciones de Galileo, de Képler y de Newton. Hace apenas dos siglos que la idea religiosa pura, despojada de idolatrías y mitologías de todo género, de errores y supersticiones generadas por la ignorancia primitiva, pudo surgir de la evolución científica moderna. Todas las religiones que en la actualidad existen fueron fundadas en época de ignorancia en que nada se sabía ni acerca del Cielo ni de la Tierra. La verdadera religión, es decir, la unión de los espíritus libres para la busca de la verdad, ha de ser la obra de una época como la nuestra, en la que algunos espíritus valerosos y desinteresados, despojándose de la hipocresía de las falsas doctrinas sin caer por esto en el ateísmo pueril de las gentes superficiales que no distinguen nada más allá de la corteza, se dediquen á aplicar sincera y libremente, á la investigación del modo de ser íntimo del universo y del ser humano, las ramas todas de la ciencia. El porvenir nos instruirá. Hoy sabemos poco : comenzamos tan sólo á aprender.

El individuo que ha dado varias veces la vuelta al globo terrestre, que ha visitado Europa y Asia y África y las dos Américas, razona de modo incomparablemente más amplio bajo el punto de vista de la historia y del estado de la humanidad que el que jamás se ha movido de su pueblo ó de su provincia. Entre las ideas estrechas, incompletas, ilusorias, falsas de este último, y las apreciaciones generales, justas, juiciosas, exactas

del primero, hay la misma diferencia que de la noche al día.

Á esta distancia de la Tierra, el juicio que podemos formar de las humanas obras es muy diferente del que basta á satisfacernos aquí abajo. Contemplamos el sistema solar entero en toda su grandeza; reconocemos la exiguüdad de nuestro minúsculo planeta bajo el punto de vista del espacio que ocupa y bajo el del tiempo medido por su rápido movimiento anual en torno del Sol; comprendemos que las habituales apreciaciones terrestres deben estar influídas de esos sentimientos mezquinos y vulgares que se encierran en el horizonte de un pueblo, y nos encontramos en situación de juzgar con mayor libertad de integra independencia toda la inmensidad de la creación.

Pero, por alejado que el planeta Neptuno se encuentre de nuestra patria terrena, pertenece aún al mismo sistema de los mundos y forma como nosotros parte de la familia del Sol. Más allá de Neptuno gravitan otros planetas aún desconocidos de los astrónomos de la Tierra, el primero de ellos á la distancia de 48 veces la de la Tierra al Sol, es decir á seis mil ocho millones de kilómetros, sobre una órbita inmensa que emplea en recorrer unos 330 años. El celeste viaje cuyas perspectivas resumo me llevó aun más allá de esas regiones exteriores del dominio del Sol. Lanzándome al cielo infinito fueme dado alcanzar otro sistema, penetrando en el dominio cósmico de una estrella.